

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

El deseo de la razón kantiana y lo incognoscible como motor epistemológico.

González, María Celeste.

Cita:

González, María Celeste (2022). *El deseo de la razón kantiana y lo incognoscible como motor epistemológico*. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/222>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/7df>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL DESEO DE LA RAZÓN KANTIANA Y LO INCOGNOSCIBLE COMO MOTOR EPISTEMOLÓGICO

González, María Celeste
Universidad Nacional Tres de Febrero. Caseros, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo intentará pensar el compromiso de Kant con una postura escéptica. Para pensar dicho compromiso se presentarán los vínculos entre la posición epistemológica de Kant y el escepticismo de Pirrón, Hume y Descartes y se analizará la articulación en la teoría kantiana entre razón, conocimiento y sujeto. Tomando como punto de partida un sujeto activo en la constitución de conocimiento, se reflexionará acerca de las implicancias de ello ya que sin dicho sujeto no solo no habría conocimiento posible sino tampoco realidad objetiva posible de ser conocida sino sólo caos incoherente de sensaciones en sí mismo sin sentido e imposible de ligar a cualquier intento racional de orden epistemológico. Sin embargo, la razón no es una razón completa y omnipotente sino por el contrario, agujereada y limitada que en principio es pasiva en la afectación por parte de la materialidad externa y que además se encuentra limitada por la experiencia. Será este el punto a partir del cual se pensará si existe o no un compromiso de Kant con el escepticismo y se intentará demostrar que es la misma incompletitud la posibilitará que exista el deseo de la razón de ir más allá de lo cognoscible.

Palabras clave

Deseo - Epistemología - Razón - Escepticismo

ABSTRACT

THE DESIRE OF KANTIAN REASON AND THE UNKNOWN AS AN EPISTEMOLOGICAL ENGINE

The present work will attempt to think of Kant's commitment to a skeptical stance. To think about this commitment, the links between the epistemological position of Kant and the skepticism of Pyrrhus, Hume and Descartes will be presented and the articulation in Kantian theory between reason, knowledge and subject will be analyzed. Taking as a starting point an active subject in the constitution of knowledge, we will reflect on the implications of this since without such a subject there would not only be no possible knowledge but also no objective reality possible to be known but only incoherent chaos of sensations in itself meaningless and impossible to link to any rational attempt at an epistemological order. However, reason is not a complete and omnipotent reason but on the contrary, pierced and limited that in principle is passive in the affectation by external materiality and that is also limited by experience. This will be the point from

which it will be thought whether or not there is a commitment of Kant to skepticism and will try to show that it is the same incompleteness that will make it possible for reason to exist to go beyond what is knowable.

Keywords

Desire - Reason - Scepticism - Epistemology

(Dejas en mí la obsesión
De los interrogantes)
Sbarra- Obsesión de vivir.

Introducción

El presente trabajo intentará pensar en qué medida la tesis de la incognoscibilidad de la cosa "en sí" compromete a Kant con una postura escéptica, en tanto, siguiendo su tesis, la estructura espaciotemporal del sujeto halla los límites de su posibilidad de conocimiento en la experiencia empírica, resultando de esta manera incognoscible el mundo "en sí", al no poder ser percibido empíricamente. Para pensar dicho compromiso se tomará como brújula que orientará la investigación el lugar que le da el filósofo alemán en *Crítica de la razón pura* al deseo de la razón de ir más allá de lo cognoscible, signado por el límite de la experiencia, en tanto es posible considerar que dicho deseo de conocer, en conjunción con la distancia respecto de lo incognoscible de la cosa "en sí", es lo que motoriza al sujeto a intentar pensar al mundo "en sí" y a constituir una realidad objetiva a fin de poder conocer el mundo.

En la primera parte, discerniré, sin que sea el fin desplegar una clasificación exhaustiva, dos formas distintas del escepticismo filosófico: por un lado, un escepticismo que podemos describir como "global" y por otro, un escepticismo que podemos definir como "local" con el fin de pensar cuál es la relación que mantiene la posición epistemológica de Kant con las posturas escépticas. En la segunda parte, analizaré esta cuestión con relación al vínculo entre razón, sujeto y conocimiento en la teoría kantiana. Al respecto, la tesis de Kant postula un sujeto de conocimiento activo y determinante en la constitución del mundo, capaz de constituir un mundo empírico y de conocer la realidad objetiva de dicho mundo. Sin embargo, dicha posibilidad del sujeto de conocer el mundo se articula con una imposibilidad absoluta del sujeto de conocer el mundo "en sí", operando la experiencia como un límite a la posibilidad de conocimiento de la estruc-

tura racional del sujeto. No-todo el mundo es factible de ser conocido por el sujeto. El mundo que el sujeto puede conocer es el correspondiente a una representación que conlleva una traza subjetiva, permaneciendo el mundo “en sí” absolutamente incognoscible. Dicha cuestión habilita a situar una imposibilidad de conocer local en la postura kantiana asociada a una incompletitud en la razón y una discordancia entre el deseo de esta y la posibilidad de satisfacción de dicho deseo, ante la cual cabría preguntarse si su tesis de la incognoscibilidad de la cosa “en sí” implica, o no, un compromiso de Kant con una postura escéptica moderada. En la tercera parte, abordaré dicho problema a partir de una articulación entre el lugar que ocupa el sujeto de conocimiento kantiano respecto a, por un lado, la cognoscibilidad del mundo y por otro, la incognoscibilidad del mundo “en sí”, dando especial relevancia en estos puntos a las implicancias que conlleva la imposibilidad de conocer el mundo “en sí” para el deseo de la razón específicamente. Finalmente, en las Conclusiones, me ocuparé de realizar un breve recorrido por aquellos aspectos que me permitieron defender mi tesis principal.

Vínculos entre la posición epistemológica de Kant y el escepticismo.

Es posible discernir dos formas distintas del escepticismo filosófico: por un lado, un escepticismo que podemos describir como “global” y por otro, un escepticismo que podemos definir como “local”. El primero implica una duda radical o bien una imposibilidad absoluta de conocer o producir conocimiento. El segundo, en cambio, involucra una imposibilidad que podemos denominar parcial, es decir una imposibilidad de conocer sólo ciertas cosas, específicas y particulares.

En el primer tipo de escepticismo, “absoluto” o “extremo”, podemos ubicar a Pirrón y a los antiguos pirrónicos, para quienes el intento de producir un conocimiento deviene en la imposibilidad de conocer, en tanto para ellos conocer implica poder justificar un conocimiento y no hay posibilidad de justificar un conocimiento sin caer en la infinitud, el dogma o la circularidad: lo que se denomina el Trilema de Agripa.

A su vez, dentro de este modo de escepticismo “absoluto” o “extremo”, podemos situar a Descartes en el momento preciso en el que lleva a la duda metodológica al máximo, a punto tal de considerar duditable tanto al conocimiento proveniente de los sentidos como al originado en la razón. Es decir que, si bien es posible considerar razones por las cuales Descartes no podría ser denominado escéptico, e incluso él mismo rechaza a los escépticos por “dudar por dudar”, sí podemos decir que en el momento en que lleva a la duda al punto máximo, en ese intervalo que podemos situar como el del límite de las consecuencias de la duda hiperbólica, sí está en una posición escéptica.

Respecto, al segundo modo de escepticismo llamado “local”, podemos ubicar en esta línea al escepticismo moderado de Hume, en tanto para el filósofo escocés es posible para el ser humano conocer en la medida en que obtenga dicho conoci-

miento a partir de la percepción de datos empíricos, es decir, de la experiencia apreciada a través de los sentidos. Siguiendo a Hume en esta cuestión, si bien podemos conocer empíricamente lo superficial de las cosas del mundo, resulta imposible conocer los principios de los que depende el conocimiento de estas cosas.

En estas tres posturas hay es el de la certeza de que no es posible un conocimiento indubitable y por último en la teoría de Hume la propia pregunta por los principios epistemológicos es la misma que conduce obligadamente a la duda respecto de la posibilidad de conocer.

Ahora bien, ¿La imposibilidad local de conocer que podemos situar en el “en sí absolutamente incognoscible” presente en la teoría epistemológica kantiana implica o no, un compromiso, de Kant con una postura escéptica?

Si bien en principio es posible situar un cierto vínculo de Kant con el escepticismo moderado de Hume, en tanto que es el que aguijonea a Kant para despertar de su “sueño dogmático” (Kant, 1950, 581-582) a su vez es preciso aclarar que dicho escepticismo no lo despierta solamente, sino que fundamentalmente lo moviliza a indagar lo cognoscible y lo incognoscible. Es decir que Kant no se queda en esta postura escéptica moderada, sino que a partir del aguijoneo que la misma le provoca convoca a la razón, en su *Crítica de la razón pura*, a un trabajo de inspección epistemológica de sí misma, en el que indagará no sólo sus límites sino también sus posibilidades de conocimiento. La brújula que guiará la pregunta por el compromiso de Kant con una postura escéptica en el presente trabajo será el deseo de la razón kantiana.

Relación entre razón, sujeto y conocimiento en la teoría kantiana.

En la tesis de Kant, la posibilidad del sujeto de conocer el mundo se articula con una imposibilidad absoluta del sujeto de conocer el mundo “en sí”, operando la experiencia como un límite a la posibilidad de conocimiento de la estructura racional del sujeto. “Permanece enteramente desconocido para nosotros qué son los objetos en sí y separados de toda esta receptividad de nuestra sensibilidad. No conocemos nada más que nuestra manera de percibirlos, que es propia de nosotros, y que tampoco debe corresponder necesariamente a todo ente, aunque sí a todo ser humano. Sólo de ella nos ocupamos” (Kant, 2007, 110)

No-todo el mundo es factible de ser conocido por el sujeto. El mundo que el sujeto puede conocer es el correspondiente a su estructura cognitiva, permaneciendo “en sí” absolutamente incognoscible. Sin embargo, dicha incognoscibilidad se halla a su vez articulada a la postulación de un sujeto de conocimiento activo y determinante en la constitución del mundo, capaz de constituir un mundo empírico y de conocer la realidad objetiva de este.

Dicha capacidad de constituir un mundo empírico es posible por la propia estructura cognitiva del sujeto kantiano, el cual, en

principio, está dotado de una sensibilidad que le posibilita ser susceptible de ser afectado por la realidad del mundo. Cabe aclarar que el sujeto no crea la materialidad externa, sino que necesariamente el material le es provisto desde una exterioridad respecto de la cual se ve afectado de manera involuntaria y espontánea.

Por otro lado, es preciso situar y discernir siguiendo a Kant en el sujeto dos formas puras a priori: el espacio y el tiempo, que preceden a la afectación por parte de la materialidad externa. El sujeto cuenta previamente con dichas formas puras a priori en tanto conforman la estructura cognitiva de su mente, es decir que no provienen de la experiencia ni forman parte de la realidad en sí, sino que forman parte de su estructura cognitiva y al ser afectado por la materialidad externa, intuitivamente le posibilitan organizarla.

El fenómeno se obtendrá entonces a partir de la articulación entre afectación sensible por parte de la materialidad y ordenamiento de esta a través de su ubicación en tiempo y espacio. Ya no será entonces posible conocer el mundo “en sí” porque necesariamente las formas puras a priori de espacio y tiempo preceden a la experiencia externa. Todo conocimiento estará entonces necesariamente trazado subjetivamente, signado por la huella de la estructura del sujeto.

Con lo cual, si bien es indefectible que el sujeto recibe pasivamente la materialidad externa sin elegir ni decidir ni participar en su creación, también es a su vez activo precedentemente a ello en tanto la organización de dicha materialidad sólo es posible a través de sus intuiciones a priori de tiempo y espacio. Ahora bien, para poder darle una coherencia al material externo se requiere necesariamente de la intervención del entendimiento. Y en este sentido la experiencia misma (no el material sino la experiencia propiamente dicha) es ya una elaboración del entendimiento. El sujeto, entonces, sí conoce, en tanto entendemos, con Kant, que conocer es constituir una realidad a través del entendimiento confiriéndole forma al caos sensible. Y dicho conocimiento de la realidad si bien conlleva necesariamente la huella distintiva de la estructura racional subjetiva y se halla limitado por la experiencia, no es un conocimiento de una realidad individual y particular de un sujeto sino de una realidad objetiva común en los seres humanos en tanto se constituye por aplicación de reglas universales y necesarias: las de las formas a priori del entendimiento, sin las cuales no habría coherencia posible ni realidad objetiva. El mundo necesariamente refleja la estructura racional que es universal en todos los seres humanos.

Lo que cambia con respecto a la postura humeana, la cual sí implica un escepticismo local, es la definición misma de lo que es el conocimiento en tanto para Kant el conocimiento no es conocimiento de cosas “en sí” sino conocimiento del mundo constituido bajo las condiciones anteriormente descriptas.

Ahora bien, la limitación estructural respecto de la experiencia no anula cognitivamente la pretensión del sujeto de conocer lo que se halla más allá de los límites de ésta y que se encuentra

implicado en los conocimientos universales y necesarios como lo son por ejemplo los de la matemática pura. Precisamente es lo que lleva a Kant a la pregunta por la existencia de los juicios sintéticos a priori, y en lo que consiste la disidencia fundamental de la posición de Kant respecto del escepticismo moderado de Hume, en tanto para Kant, Hume no advierte la existencia de los juicios sintéticos a priori y es por ello por lo que llega a considerar a la metafísica una “mera ilusión”.

Las condiciones del conocimiento son entonces para Kant universales y necesarias, así como lo es la traza epistemológica del sujeto, en tanto la misma coincide con la realidad objetiva en tanto constitución racional de un concepto. Consecuentemente el sujeto no puede conocer el mundo “en sí” pero ello no implica un obstáculo epistemológico ya que no es el “en sí” el material de conocimiento en cuestión sino el mundo que el sujeto constituye desde su estructura racional universal en la que radica la única posibilidad constitución de un conocimiento objetivo. Entonces, ¿Es posible, siguiendo a Kant, el conocimiento objetivo del mundo? Sí, si entendemos que el conocimiento racional es irreparablemente incompleto, deformado e imperfecto pero que ello no es antagónico a que el conocimiento sea a su vez coherente, objetivo y universal.

El deseo de la razón y el mundo “en sí” incognoscible

Si entendemos que el “en sí” del mundo no es la materia “a conocer” en lo que respecta al conocimiento del mundo, sino que lo es el mundo cognoscible constituido activamente por el sujeto, ¿Qué función cumple entonces el “En sí” incognoscible respecto de las posibilidades de conocimiento de lo cognoscible si es en sí mismo imposible de conocer? Es improbable pensar la función de lo incognoscible por fuera de la razón misma, lo cual no implica que la razón sea una razón completa sino por el contrario es posible pensarla en tanto razón deseante de un imposible inalcanzable que paradójicamente es consecuencia de su propia racionalidad.

Al respecto podemos decir que la imposibilidad de cognoscibilidad del mundo “en sí” no constituye un obstáculo epistemológico, sino que por el contrario implica una habilitación de una expansión del conocimiento del mundo: el “en sí” apasiona al deseo de la razón y la lleva a intentar despuntar los límites impuestos por la experiencia. Cuestión que corresponde con una discordancia entre la imposibilidad absoluta para el sujeto de conocer el mundo “en sí” y la posibilidad de conocer el mundo empírico articulada con una arrogancia y obstinación propia de la razón.

Al respecto, siguiendo a Kant “(...) siempre es útil (...) dar completa libertad a la razón que investiga y que examina, para que pueda cultivar sin trabas su propio interés, que resulta tan favorecido si se imponen limitaciones a su conocimiento, como si se lo ensancha: y que siempre resulta menoscabado si intervienen manos ajenas para dirigirla de acuerdo con propósitos forzados, en contra de su marcha natural” (Kant, 2007, 770)

En este sentido, siguiendo a Kant, es posible pensar que lo imposible de conocer involucrado en la cosa “en sí”, opera como motor de deseo para la razón, habilitando que se dirija a conocer el punto máximo posible hasta el umbral mismo signado por los límites de la estructura espaciotemporal del sujeto y por la experiencia, y a pretender sobrepasarlos.

Dicha limitación entonces y la consideración de que la posibilidad de conocer el mundo “en sí” está desde el principio estructuralmente perdida no funciona como impedimento, sino que por el contrario habilita la operación de un empuje constante hacia los puntos máximos posibles de conocimiento. Ello se debe a que la razón no se conforma pasivamente con los conocimientos alcanzados, sino que desea ir más allá de ellos, en un intento, que parte desde la inadecuación entre el deseo racional de conocer y el hallazgo por parte de la razón del escollo que implica la imposibilidad de una satisfacción epistemológica completa: tropiezo fundamental que inaugura la posibilidad para la razón de desear conocer. Cual si la razón dijera frente al “en sí” incognoscible: me impides un acceso completo a ti y abres en mí la obstinación, la intransigencia, el apasionamiento por los interrogantes que me llevan a conocer y pensar. La opacidad de lo incognoscible estimula a vislumbrar lo cognoscible, y dicha opacidad solo es posible por la incompletitud racional misma que es la que posibilita que exista el deseo de la razón de ir más allá de lo cognoscible

Dicha discordancia e imposibilidad de completitud refleja las limitaciones de la estructura racional cognitiva del sujeto. Y es en la distancia entre lo cognoscible y lo incognoscible que hallará lugar el deseo de la razón para moverse en los intersticios del pensamiento y el conocimiento y anhelar de forma constante pensar y conocer. Solo en este espacio habilitado por la distancia imposible de suturar entre deseo de conocer y conocimientos más allá de la experiencia sensible, es posible para la razón conocer lo cognoscible y pensar lo incognoscible.

Al respecto, y a diferencia de Hume, son precisamente los conocimientos no signados por la experiencia los que cumplen la función de excitar el deseo de la razón ya que no la satisfacen jamás completamente en su avidez de conocimiento. Sin embargo, dicha insatisfacción permanente no obtura la posibilidad de conocimiento de los fenómenos y de pensamiento de las ideas, sino que por el contrario moviliza el deseo y mueve a la razón a conocer y pensar.

En este punto, la razón signada por la inconsistencia y en una posición estructural de falta frente al poder conocerlo todo, sólo a través de dicha incompletitud es que puede conocer no-todo el mundo a partir de un trabajo activo de constitución de una realidad objetiva.

El sujeto entonces sí puede pensar el mundo “en sí” movilizado por el deseo de conocimiento de la razón y sí puede conocer el mundo en tanto representación, conocimiento empírico que no resigna la objetividad ya que trasciende lo particular e individual. Kant no se halla comprometido en una postura escéptica

precisamente porque el conocimiento es en su definición misma conocimiento de una realidad objetiva constituida por un Sujeto sin el cual no solo no habría conocimiento posible sino tampoco realidad objetiva posible de ser conocida sino sólo caos incoherente de sensaciones en sí mismo sin sentido e imposible de ligar a cualquier intento racional de orden epistemológico. No hay conocimiento, y, en definitiva, no hay mundo ni realidad objetiva posible a conocer por fuera de la constitución del sujeto y de la estructura racional del mismo.

No hay ciencia ni conocimiento ni pensamiento ni imaginación posible sin un sujeto afectado y limitado por la experiencia, pero así mismo tampoco hay ciencia ni conocimiento ni pensamiento ni imaginación posible por fuera de la existencia de conocimientos a priori, aquellos que no dependen de la experiencia, ya que son precisamente ellos los que excitan el deseo de la razón e impulsan al sujeto, desde su estructura racional universal, a conocer, pensar e imaginar.

Conclusiones

Los vínculos entre la posición epistemológica de Kant y el escepticismo, tanto en su forma moderada como absoluta, condujeron al interrogante por el lugar que ocupa el sujeto de conocimiento kantiano respecto a la cognoscibilidad del mundo y, la incognoscibilidad del mundo “en sí”. Dicha cuestión permitió ahondar en las implicancias que conlleva dicha imposibilidad de conocer el mundo “en sí” para el deseo de la razón de ir más allá de lo cognoscible, partiendo de una distancia ineludible entre deseo de conocimiento y satisfacción completa del mismo. Hemos señalado que el conocimiento para Kant no es conocimiento de cosas “en sí” sino constitución por parte de un sujeto activo y determinante cuya estructura cognitiva se ve revelada en los objetos externos por los que se ve afectado. Dicha constitución no consiste en un conocimiento individual de una realidad particular, sino que responde a condiciones universales y necesarias en tanto toda afectación sensible es precedida por formas a priori que corresponden a una estructura cognitiva racional y universal.

Ahora bien, dicha estructura cognitiva halla sus límites en la experiencia: le resulta imposible al sujeto conocer el mundo “en sí”. Dicha imposibilidad, sin embargo, no implica un compromiso para Kant en una posición escéptica, ni absoluta ni moderada. No es posible situar ningún punto escéptico ni absoluto ni moderado del cual se deba salir o en el cual se caiga en última instancia porque lo imposible de conocer mismo en el sistema kantiano es dialéctico con lo cognoscible.

Dicha conclusión es posible pensarse en función de lo que implica en la obra de Kant el deseo de la razón. Son precisamente los conocimientos a priori los que excitan el deseo de la razón y operan como motor para conocer el mundo y para pensar, tal como la metafísica, el mundo “en sí” más allá de toda experiencia en busca de obtener para el entendimiento la mayor expansión posible.



¿Es la razón kantiana una razón agujereada, estructuralmente en discordancia respecto del ideal de completitud del conocimiento y es ello mismo lo que permite que disponga de un lugar vacío para dirigirse a extenderse hacia sus máximas posibilidades de amplitud de conocimiento? Es este el interrogante que movilizó el presente trabajo y que permanece abierto para continuar investigándolo.

BIBLIOGRAFÍA

- Kant, I. (1950) Prolegómenos a toda metafísica futura (Ed. El ateneo)
Kant, I. (2007) Crítica de la razón pura (Trad. M. Caimi) Ed. Colihue.